

HARRISON BERGERON POR KURT VONNEGUT

ERA EL AÑO 2081, y todos eran al fin iguales. No sólo iguales ante Dios y la ley. Eran iguales en todos los sentidos. Nadie era más inteligente que los demás. Nadie era más guapo que los demás. Nadie era más fuerte ni más rápido que los demás. Toda esta igualdad se debió a las Enmiendas 211, 212 y 213 de la Constitución, y a la incesante vigilancia de los agentes de la Discapacitadora General de los Estados Unidos.

Sin embargo, algunas cosas en la vida aún no estaban del todo bien. El mes de abril, por ejemplo, seguía volviendo loca a la gente por no ser primavera. Y fue en ese húmedo mes cuando los hombres de D-G se llevaron a Harrison, de catorce años, hijo de George y Hazel Bergeron.

Fue trágico, sin duda, pero George y Hazel no podían pensar mucho en ello. Hazel tenía una inteligencia media, lo que significaba que no podía pensar en nada salvo por breves periodos. Y George, aunque su inteligencia estaba muy por encima de lo normal, tenía una pequeña radio de discapacidad mental en la oreja. La ley lo obligaba a llevarla en todo momento. Estaba sintonizada a un transmisor del gobierno que cada veinte segundos más o menos, enviaba un ruido agudo para evitar que gente como George se aprovechara injustamente de sus cerebros.

George y Hazel estaban viendo la televisión. Había lágrimas en las mejillas de Hazel, pero había olvidado por el momento a qué se debían.

En la pantalla de televisión había unas bailarinas.

Un timbre sonó en la cabeza de George. Sus pensamientos huyeron aterrados, como bandidos ante una alarma antirrobo.

"Ese baile que acaban de hacer fue muy bonito", dijo Hazel.

"¿Eh?", dijo George.

"Ese baile... fue bonito", dijo Hazel.

"Sí", dijo George. Intentó pensar un poco en las bailarinas. En realidad no eran muy buenas, no mejor de lo que hubiera sido cualquier otro, de todos modos. Iban cargadas con contrapesos y sacos de perdigones, y llevaban máscaras, para que nadie, al ver un gesto libre y grácil o una cara bonita, se sintiera desaliñado. George jugaba con la vaga idea de que tal vez las bailarinas no deberían ser discapacitadas. Pero no llegó muy lejos con ello antes de que otro ruido en la radio de su oreja dispersara sus pensamientos.

George hizo un gesto de dolor. También lo hicieron dos de las ocho bailarinas.

Hazel lo vio hacer el gesto de dolor. Al no tener ninguna discapacidad mental, tuvo que preguntarle a George cuál había sido el último sonido.

"Sonaba como si alguien golpeará una botella de leche con un martillo de metal", dijo George.

"Creo que sería muy interesante escuchar todos los sonidos diferentes", dijo Hazel, un poco envidiosa. "Todas las cosas que se les ocurren".

"Um", dijo George.

"Sólo que, si yo fuera la Discapacitadora General, ¿sabes lo que haría?", dijo Hazel. Hazel, de hecho, tenía un gran parecido con la Discapacitadora General, una mujer llamada Diana Moon Glampers. "Si yo fuera Diana Moon Glampers", dijo Hazel, "tendría campanadas los domingos, sólo campanadas. Como en honor a la religión".

"Podría pensar, si sólo fueran campanadas", dijo George.

"Bueno, tal vez podrían sonar muy fuerte", dijo Hazel. "Creo que yo sería una buena Discapacitadora General".

"Tan buena como cualquier otra", dijo George.

"¿Quién sabe mejor que yo lo que es normal?", dijo Hazel.

"Tienes razón", dijo George. Empezó a pensar en su hijo anormal que ahora estaba en la cárcel, en Harrison, pero una salva de veintiún cañonazos en su cabeza lo detuvo.

"¡Uy!", dijo Hazel, "Ese sí estuvo duro, ¿no?".

Había estado tan duro que George se quedó pálido y tembloroso y con lágrimas en los ojos enrojecidos. Dos de las ocho bailarinas se habían desplomado en el suelo del estudio y se apretaban las sienes.

"De pronto te ves muy cansado", dijo Hazel. "Por qué no te acuestas en el sofá, para que puedas apoyar tu bolsa de discapacidad en la almohada, cariño" Se refería a la bolsa de lona con cuarenta y siete libras de perdigones que estaba cerrada con candado alrededor del cuello de George. "Ve y apoya la bolsa un rato", dijo. "No me importa si no seas igual a mí por un rato".

George sopesó la bolsa con las manos. "No me molesta", dijo. "Ya no la noto. Es sólo una parte de mí".

"Has estado muy cansado últimamente, como agotado", dijo Hazel. "Si hubiera alguna forma de hacer un pequeño agujero en el fondo de la bolsa y sacar unas cuantas bolas de plomo. Sólo unas pocas".

"Dos años de cárcel y una multa de dos mil dólares por cada bola que saque", dijo George. "No lo llamaría un buen negocio".

"Si pudieras sacar unas cuantas cuando llegas del trabajo", dijo Hazel. "Quiero decir, aquí no compites con nadie. Sólo andas por aquí".

"Si yo intentara salirme con la mía", dijo George, "entonces otros se saldrían con la suya y muy pronto volveríamos a la época oscura, con todos compitiendo contra todos. No te gustaría eso, ¿verdad?".

"Lo odiaría", dijo Hazel.

"Ahí está", dijo George. "En el momento en que la gente hace trampa con las leyes, ¿qué crees que le pasa a la sociedad?".

Si Hazel no hubiera sido capaz de dar una respuesta a esta pregunta, George no habría podido proporcionarla. Una sirena aullaba en su cabeza.

"Supongo que se haría pedazos", dijo Hazel.

"¿Qué cosa?", dijo George sin comprender.

"La sociedad", dijo Hazel, insegura. "¿No fue eso lo que acabas de decir?"

"¿Quién sabe?", dijo George.

El programa de televisión se interrumpió repentinamente para emitir un boletín de noticias. Al principio no estaba claro de qué trataba el boletín, ya que el locutor, como todos los locutores, tenía un grave impedimento para hablar. Durante medio minuto, y en un estado de gran excitación, el locutor trató de decir: "Damas y caballeros..."

Finalmente se rindió y entregó el anuncio a una bailarina para que lo leyera.

"Está bien", dijo Hazel sobre el locutor, "lo intentó. Eso es lo más importante. Hizo lo mejor que pudo con lo que Dios le dio. Deberían darle un buen aumento por tanto esfuerzo".

"Damas y caballeros ", dijo la bailarina, leyendo el boletín. Debía ser extraordinariamente bella, pues la máscara que llevaba era horrible. Y era fácil ver que era la más fuerte y grácil de todas las bailarinas, pues sus bolsas de discapacidad eran tan grandes como las de un hombre de doscientas libras.

Y tuvo que disculparse de inmediato por su voz, que era una voz muy injusta para una mujer. Su voz era una melodía cálida, luminosa, atemporal. "Disculpen...", dijo, y comenzó de nuevo, haciendo que su voz fuera absolutamente poco competitiva.

"Harrison Bergeron, de catorce años", dijo con un graznido, "acaba de escaparse de la cárcel, donde estaba detenido por ser sospechoso de conspirar para derrocar al gobierno. Es un genio y un atleta, no tiene suficiente discapacidad y debe ser considerado como extremadamente peligroso".

Una fotografía policial de Harrison Bergeron apareció en la pantalla—al revés, luego de lado, de nuevo al revés y luego al derecho. La imagen mostraba a Harrison de pie sobre un fondo calibrado en pies y pulgadas. Medía exactamente siete pies.

Por lo demás, Harrison era mezcla de Halloween y una ferretería. Nunca nadie había llevado discapacitantes más pesados. Había superado cada impedimento más rápido de lo que los hombres de la Discapacitadora General podían inventarlos. En lugar de una pequeña radio en la oreja como discapacitador mental, llevaba un tremendo par de audífonos, y unos anteojos con gruesos cristales ondulados. Los anteojos tenían el fin no sólo de dejarlo medio ciego, sino también a provocarle horribles dolores de cabeza.

Trozos de metal le colgaban por todas partes. Normalmente, había una cierta simetría, una pulcritud militar en los discapacitantes para las personas fuertes, pero Harrison parecía una chatarrería ambulante. En la carrera de la vida, Harrison cargaba con trescientas libras.

Y para afearlo, los hombres de la Discapacitadora General le exigían que llevara en todo momento una nariz roja de payaso, que mantuviera las cejas rasuradas y que cubriera sus dientes blancos y parejos con fundas negras al azar para simular dientes desparejos.

"Si ven a este muchacho", dijo la bailarina, "no intenten, repito, no intenten razonar con él". Se oyó el chillido de una puerta arrancada de las bisagras.

Del estudio de televisión llegaron gritos y aullidos de consternación. La fotografía de Harrison



Bergeron en la pantalla saltaba una y otra vez, como si bailara al son de un terremoto.

George Bergeron identificó en seguida el origen del terremoto. No le costó, ya que muchas veces su propia casa había bailado la misma melodía estrepitosa. "Dios mío—", dijo George, "¡ese debe ser Harrison!".

El sonido de un choque de automóviles en su cabeza le hizo olvidar esta idea al instante.

Cuando George pudo volver a abrir los ojos, la fotografía de Harrison había desaparecido. Un Harrison vivo, respirando, llenaba la pantalla.

Con su traqueteo, su aspecto de payaso y su enorme tamaño, Harrison se situó en el centro del estudio. En la mano todavía tenía el pomo de la puerta arrancada del estudio. Bailarinas, técnicos, músicos y locutores se encogían de rodillas ante él, esperando morir.

"¡Soy el Emperador!", gritó Harrison. "¿Oyen? ¡Soy el Emperador! ¡Todo el mundo debe hacer lo que digo de inmediato!". Golpeó el piso con el pie y el estudio tembló.

"Incluso mientras estoy aquí", gritó, "tullido, cojo, enfermo, ¡soy un gobernante más grande que cualquier hombre que haya vivido! ¡Ahora vean cómo me convierto en lo que *puedo* convertirme!".

Harrison se arrancó las correas que sostenían su discapacitador como si fueran papel de seda mojado, las correas garantizadas para sostener cinco mil libras.

La chatarra discapacitante de Harrison se estrelló contra el piso.

Harrison metió los pulgares bajo la barra del candado que aseguraba su arnés para la cabeza. La barra se partió como un apio. Harrison estrelló sus lentes y audífonos contra la pared.

Se arrancó la nariz de goma y reveló a un hombre que hubiera estremecido a Thor, el dios del trueno.

"¡Ahora elegiré a mi emperatriz!", dijo, mirando al grupo arrodillado a sus pies. "¡Que la primera mujer que se atreva a ponerse en pie reclame a su pareja y su trono!".

Pasó un momento y al fin se levantó una bailarina, balanceándose como un sauce.

Harrison le sacó el discapacitante mental de la oreja y luego sus discapacitantes físicos con una delicadeza maravillosa. Por último, le quitó la máscara.



La bailarina era de una belleza cegadora.

"Ahora", dijo Harrison, tomándole la mano, "¿le mostramos a la gente el significado de la palabra danza? ¡Música!", ordenó.

Los músicos volvieron a sus sillas y Harrison también les quitó sus discapacitantes. "Toquen lo mejor posible", les dijo, "y los haré barones, duques y condes".

La música comenzó. Al principio era normal: burda, tonta, falsa. Pero Harrison alzó a dos músicos de sus sillas y los agitó como si fueran batutas mientras cantaba la música como él quería que la tocaran. Luego los dejó caer otra vez en sus asientos.

La música comenzó de nuevo y estuvo mucho mejor.

Harrison y su Emperatriz se quedaron un rato escuchando, gravemente, como esperando a que los latidos de sus corazones se sincronizaran con la música.

Luego se alzaron en puntas de pie.

Harrison colocó sus manos grandes en la pequeña cintura de la chica, haciéndole sentir la ingravidez que pronto sería suya.

Y entonces, en una explosión de alegría y gracia, ¡se lanzaron al aire!

No sólo abandonaron las leyes de la Tierra, sino también las leyes de la gravedad y las del movimiento. Giraron, remolinearon, brincaron, cabriolaron, caracolearon y revolotearon.

Brincaban como ciervos en la luna.

El techo del estudio tenía treinta pies de altura, pero con cada salto los bailarines se acercaban más a él.

Lo besaron.

Y luego, neutralizando la gravedad con amor y pura voluntad, se quedaron suspendidos en el aire a unas pocas pulgadas bajo el techo, y se besaron durante mucho, mucho tiempo.

Fue entonces que Diana Moon Glampers, la Discapacitadora General, entró en el estudio con una escopeta de doble cañón. Disparó dos veces, y el Emperador y la Emperatriz murieron antes de caer



al suelo.

Diana Moon Glampers cargó otra vez la escopeta. Apuntó a los músicos y les dijo que tenían diez segundos para ponerse otra vez los discapacitadores.

Fue entonces cuando el tubo del televisor de los Bergerons se quemó.

Hazel se volvió hacia George para comentarle el apagón.

Pero George había ido a la cocina por una lata de cerveza.

George volvió a entrar con la cerveza e hizo una pausa mientras una señal discapacitante lo sacudía de pies a cabeza. Luego se sentó de nuevo. "¿Has estado llorando?", le dijo a Hazel.

"Sí", dijo ella,

"¿Por qué?", dijo.

"No me recuerdo ", dijo ella. "Algo bien triste en la televisión".

"¿Qué era?", dijo.

"Todo está mezclado en mi mente", dijo Hazel.

"Olvídate de las cosas tristes", dijo George.

"Siempre lo hago", dijo Hazel.

"Esa es mi chica", dijo George. Torció la cara. En su cabeza sonaba una remachadora.

"Uy, ese sí estuvo duro, ¿no?", dijo Hazel.

"Y que lo digas ", dijo George.

"Uy", dijo Hazel, "ese sí estuvo duro".